

LOS INSTITUTOS OBREROS, UN ENSAYO DE INNOVACIÓN PEDAGÓGICA Y DE SOCIALIZACIÓN POLÍTICA

Juan Manuel Fernández Soria

Universidad de Valencia

De no haber sido derrotada la República, quizá en el año 2002 hubiera cumplido 65 el primer Instituto Obrero, creado en plena confrontación civil en Valencia, entonces sede del Gobierno español. Pero con la pérdida de la guerra se perdió también como realidad, que no como memoria, lo que de sorprendente experiencia educativa supusieron los Institutos Obreros. Los 65 años que se evocaron el pasado año carecen de la seducción de los números redondos de que gozaron los 50 años de su creación recordados en 1987. Mas no creo que sea la mayor o menor redondez de las cifras lo que justifique la evocación de ese inmediato pasado sino la perseverante y resistente negación a olvidarlo, objetivo éste al que quiere contribuir esta comunicación.

¿Una creación inoportuna?

Las organizaciones juveniles contrarias a todo colaboracionismo con el Ministerio de Instrucción Pública presidido por el comunista Jesús Hernández, tuvieron entre otros argumentos de censura uno más en lo inoportuno de su creación, tachada de improcedente, dada la situación bélica exigente de la dedicación de todos los recursos materiales y humanos en el logro de la victoria final, y de indebida ante la imposibilidad de depurar a los profesores y de instaurar un plan de estudios adecuado a las nuevas condiciones sociales y políticas.[\[1\]](#)

A pesar de esta reprobación, que no logra ocultar intereses partidistas, los Institutos Obreros

surgen en un momento propicio en el que ideas refrenadas durante la República reformista de 1931 encuentran el momento idóneo para fructificar en una situación de guerra que se califica de social y de independencia y que se emprende para lograr una sociedad más justa y solidaria, para hacer posible la igualdad de oportunidades, para restituir al pueblo el derecho siempre diferido o negado a la educación y a la cultura, para, en fin, hacer efectivo el protagonismo del pueblo —substanciado en el obrero— en la dirección de su destino. Idónea se consideró la creación de los Institutos Obreros y en consonancia con la idea de beligerancia total en la que se inmiscuye la educación y la cultura que para los dirigentes republicanos se convierten también en un elemento que diferencia a quienes luchan por la civilización y la libertad de aquellos que la aherrojan. Y es que no sólo se luchaba *por* la cultura sino también *con* la cultura.

Oportuna fue su instauración en un contexto de profundas transformaciones que entronizan lo popular en la milicia, en la economía, en la producción, en la cultura... Y un país que convirtió el Ejército en popular, que entregó las fábricas a los obreros y la tierra a los campesinos, que no olvidó la meta, aunque aplazada por razones de estrategia política, de realizar transformaciones de clase más profundas, como la instauración de una cultura proletaria[2], un país así estaba señalando hacia la construcción de un futuro necesitado de ciudadanos nuevos cuya formación, además de adentrarse en el terreno del crecimiento personal, se dirigiera así mismo al desarrollo colectivo, a la construcción del porvenir de una sociedad que se quería también nueva, distinta a aquella contra la que se luchaba en esa guerra incivil. Reintegrar el protagonismo social y político al pueblo, convertirlo en “actor digno de la nueva era que se inicia”, [3] requería el previo fortalecimiento de su conciencia política, exigente de sus deberes sociales, comprensiva de las razones de esta guerra y del ideal por el que se lucha y, si es preciso, se muere, detentadora de conceptos claros de las cosas e inextricablemente implicada en las grandes cuestiones políticas, morales y de justicia social.[4]

En ese contexto, la creación de los Institutos Obreros llegó con la legitimación de la necesidad y de la coherencia con los planteamientos educativos y culturales, aunque también con la ilusión, entonces quizá no engañosa, de estar asistiendo a un momento excepcional dentro y fuera de las fronteras españolas. Esto explica que Juan Renau afirmara que el proyecto de los Institutos Obreros “no podía encontrar su posibilidad de existencia y adecuación más que dentro de las condiciones concretas de este momento histórico, caracterizado por grandes convulsiones sociales e internacionales provocadas por la agudización de la crisis económica del sistema capitalista y, paralelamente también, por el estado de madurez de las luchas populares, dirigidas a procurar el acceso a la dirección y administración del Estado al pueblo mismo”. [5]

Un ensayo de innovación educativa

En efecto; la idea de los Institutos Obreros, cuya paternidad se apropian tanto la Federación Universitaria Escolar (FUE)[6] como la Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza (FETE)[7], es rápidamente tomada por el Ministerio y llevada a cabo a los cuatro meses de iniciada la guerra civil. El 21 de noviembre de 1936 el Presidente Manuel Azaña firma el Decreto creando un “Bachillerato abreviado” —integrado por cuatro cursos semestrales y un año de estudios en el extranjero en régimen de intercambio— para trabajadores industriales y agrícolas de edades comprendidas entre los 15 y los 35 años, aunque mientras durara la contienda sólo podrían acceder a él los no llamados a filas, los incapacitados para las armas y las muchachas. Su finalidad era propiciar que los “hijos del pueblo”, los obreros leales a la República y con capacidad suficiente, pudieran alcanzar, a la mayor brevedad posible, los beneficios de la enseñanza superior, hasta entonces convertida en “fortaleza almenada y con puente levadizo”[8] al servicio de las clases privilegiadas. Tres días después se crea el primer Instituto Obrero en Valencia —al que sucesivamente seguirían otros en Sabadell, Barcelona y Madrid—, fijándose para el 9 de enero las pruebas de selección —políticas, culturales y aptitudinales— de los aspirantes. Su segundo Director[9], el reputado científico Enrique Rioja Lo-Bianco, sostuvo que en ellas contaba más la actitud y la capacidad para procurarse conocimientos que el bagaje de los ya adquiridos,[10] exigencia que conjuga el requerimiento de la mejor pedagogía —la disposición y el gusto por aprender— con el derecho contemplado de eximir de algún curso a quien estuviera ya en posesión de los saberes suficientes aunque no acreditados de modo oficial.

La duración abreviada de los estudios, que conducían a la obtención del Título de Bachiller con plena validez académica, obligaron a prescindir de asignaturas “no vitales”, como el Latín y la formación política, entre otras, aunque ésta el mismo ambiente la hacía innecesaria; además, los escolares, que en su mayoría procedían de organizaciones juveniles y sindicales, estaban en permanente contacto con ellas, algunas de las cuales llegaron a contar en el seno del Instituto con una extensión de las mismas con asignación de local propio incluida. El plan de estudios, similar al de los Institutos Nacionales, integra las materias tradicionales con el estudio de idiomas modernos (francés e inglés) y otros de índole científica y económica.[11] Pero si esto presenta alguna novedad, otras importantes particularidades permiten hablar de innovación pedagógica. Junto a la implantación de la gratuidad absoluta, completada con un sistema de indemnizaciones o salario mínimo a quienes hubieran de abandonar un trabajo productivo con el que sostuvieran a su familia —notas éstas que aluden al derecho y a la igualdad ante la educación—, destaca el sistema de internado en que se organizan los Institutos obreros. Aunque de carácter voluntario, se acogen a él la mayoría de los alumnos, de la ciudad y de pueblos limítrofes, así como muchos profesores evacuados del Madrid sitiado por las tropas franquistas. Un estudio más detallado sobre el Instituto Obrero de Valencia[12]

nos permite afirmar que fue la vida en internado y la inmensa valía de su Claustro de Profesores lo que hizo singular esta experiencia educativa.

Aunque los Institutos para Obreros no nacen como una experiencia coyuntural sino con voluntad de continuación una vez finalizada la guerra, sin duda se benefician de la coyuntura bélica que puso a su disposición un plantel de profesores difícilmente repetible. Bastará para comprobarlo con reparar en la calidad profesional del Cuerpo docente del Instituto de Valencia, a la que sus alumnos añadían la excelencia humana. Integraban, entre otros, el Claustro de Profesores Enrique Rioja Lo-Bianco, Catedrático del Instituto San Isidro de Madrid, de la Escuela Superior de Magisterio y de la Universidad Central de Madrid y Vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura; Eugenio García Lomas, Catedrático de Francés que fuera profesor en La Sorbona; Manuel Núñez de Arenas, Catedrático de Francés, profesor en varias Universidades francesas, fundador de la Escuela Nueva y de la Escuela Societaria y cofundador del Partido Comunista; Samuel Gili Gaya, que fuera luego Académico de la Real Academia Española de la Lengua; Lagunero y Puig Villena, que integraron el grupo que fundó en México la editorial Fondo de Cultura Económica; el escultor Alberto Sánchez, autor de la monumental escultura —“España tiene un camino que conduce a una estrella”— que presidió el pabellón español en la Exposición de París de 1937; el dibujante y figurinista Rafael Penagos, loado creador de la “mujer Penagos”; el también pintor, dibujante y escritor Francisco Carreño Prieto; el Catedrático de Dibujo y artista Rafael Pérez Contel, etc.

El quehacer docente y humano de todos ellos suplió la carencia de una didáctica distintiva de los Institutos Obreros. Cada lección conllevaba un doble proceso complementario: informativo y activo; el profesor descubre conocimientos y sugiere intencionadamente caminos de estudio cuyo recorrido y dudas descubre personalmente el alumno en plena libertad. La imaginación del profesor, el acto escolar individual y colectivo, una metodología activa acogedora de las numerosas iniciativas de los alumnos en aquellas materias por las que sienten afición, suplían la ausencia de manuales. La carencia de éstos se palia con períodos de estudio individual y colectivo en una nutrida Biblioteca, con el recurso a la enseñanza intuitiva, con el frecuente uso del laboratorio, con excursiones y clases al aire libre (como las de botánica), con el empleo de medios audiovisuales (proyecciones de diapositivas y sesiones de cine científico con disertación y controversia obligada bajo la supervisión de un profesor)... Todo lo cual procura una enseñanza más eficaz, tanto más cuanto que las cuestiones teóricas, surgidas espontáneamente o provocadas en el aula tienen “un obligado complemento en los trabajos de tipo real y concreto sobre temas diversos relacionados siempre con problemas vivos tomados de la realidad”.^[13] La educación es entendida como exploración para el saber y la enseñanza como una extraordinaria aventura por educar. Observando, escuchando, haciendo, leyendo, estudiando individualmente o en grupo, conversando, el alumno del Instituto Obrero iba aprendiendo, aunque no sin esfuerzo porque el carácter intensivo del Bachillerato abreviado para obreros exigía dedicación y

esfuerzo sostenido.

Sin duda que en la efectividad de las enseñanzas y en el imborrable recuerdo del Centro tuvo mucho que ver, como hemos dicho, su régimen de internado que fomentó la amistad, la camaradería y la convivencia no sólo entre los alumnos sino también entre éstos y los profesores, relaciones que entre muchos de ellos continuaron después de que fueran desmantelados los Institutos Obreros. La vida de internado propició que cualquier momento, lugar y circunstancia fuesen aprovechados en la tarea formativa; los pasillos, los patios de recreo, el club, el comedor, las excursiones, las actividades deportivas, el estudio en grupo y asistido, etc., proporcionan constantes excusas al profesor en su labor instructiva y educadora; tanto es así que a la hora de las comidas los profesores comparten mantel y tertulia con los alumnos turnándose en las distintas mesas, integradas por ocho o diez comensales, donde se suscitaban cuestiones relacionadas con las asignaturas o con la situación del momento; ello explica la evaluación continua y consiguiente supresión de los exámenes:

“La acción educadora —escribe Enrique Rioja— no tiene interrupción, las clases son un motivo más para la actuación docente y educativa pero no el único ni el más importante. El mutuo auxilio de los alumnos o la intervención de los profesores en las horas de estudio, el trabajo colectivo o de seminario en la biblioteca o en el laboratorio, o la charla en el club, y la intervención directa o eficaz de los alumnos en los organismos rectores del Centro, son motivos todos que tienden a crear un clima propicio para que en todo momento exista pretexto para intervenir en su formación”.[\[14\]](#)

Efectivamente, los alumnos, además de participar en las Comisiones que regulan la vida del Centro (excursiones, deportes, visitas instructivas, etc.) forman parte de los órganos de decisión del Instituto Obrero con cinco representantes en el Claustro. Es posible, pues, afirmar, que el Instituto Obrero llevó a su cotidianeidad prácticas escolares y conceptos educativos que hoy son indicadores de innovación educativa, como la enseñanza activa, el aprendizaje cooperativo y por descubrimiento, la evaluación continuada, la organización democrática de los estudios, la concepción del maestro-compañero, etc.

Una experiencia de socialización política

Los Institutos Obreros se conciben como instrumentos al servicio de una clara intención política: contribuir a la victoria del antifascismo —la idea aglutinante de todas las fuerzas políticas del Frente Popular— y favorecer la construcción de una sociedad socialista. El primer objetivo, necesariamente coyuntural, condiciona los estudios, los usos escolares y el mismo ambiente físico y anímico de sus

habitantes. Tanto es así que el trabajo que profesores y alumnos estaban llamados a realizar fue adjetivado por su primer Director, Julio Hernández, como de “trabajo de guerra”, dada su convicción de que la preparación allí conseguida ayudaría a “resolver la crisis que se produce con la guerra y que durará algún tiempo después de afianzada la victoria”.^[15] Es la creencia de que con su trabajo escolar se estaba contribuyendo a la victoria del antifascismo lo que lleva a los alumnos a organizarse en “Brigadas de Choque” para el estudio concebidas, como en el ámbito de la producción industrial y agrícola, como un medio de emulación — “el estudiante que forma parte de ellas tiene el deber de estudiar más y mejor que los demás y de explicar todo lo que sabe a sus camaradas que no están instruidos como él”^[16]— aunque aquí también lo fue de educación en común y de asistencia mutua. Aunque los propios alumnos, resguardados entre las paredes del Instituto Obrero de los peligros y penalidades de la guerra, tenían consciencia de su situación privilegiada y aseguran actuar en consecuencia, tampoco carecieron de llamadas al cumplimiento del deber de estudiar; con esa intención el pintor madrileño, Eduardo Vicente, confeccionó murales en el Instituto Obrero de Valencia con imágenes alegóricas sobre el trabajo y escenas con motivos bélicos que querían ser un homenaje a la solidaridad entre estudiantes y soldados y un permanente recordatorio de que los alumnos, con su quehacer, cumplían con otra forma de trabajo y de lucha en la guerra, tanto más valiosa cuanto mayor era su dedicación a ella; de este modo no desmerecerían de esos otros ciudadanos que, con menos comodidades y más riesgo, exponían su vida en las trincheras por la causa de la República. Si éstos luchaban por la cultura, los alumnos del Instituto Obrero habían de luchar, además, con la cultura.

Aunque la finalidad más perentoria —ganar la guerra para hacer luego la revolución— afecta también a la gestación y andadura de los Institutos Obreros, sin embargo difícilmente enmascara, a pesar de los esfuerzos en sentido contrario, el objetivo de lograr una sociedad socialista. Basta con recordar los fines que empujan su creación y los términos en que se manifiestan: permitir el “acceso de la clase trabajadora a los talleres de la cultura” que abre “para los hijos de la fábrica, de la mina y del campo, todas las posibilidades al desarrollo de su inteligencia y de sus aptitudes, que concluye con la cultura de clase que da término al más vil y al más infame de los privilegios”.^[17] Ciertamente que el Ministro de Instrucción Pública pospone públicamente el ideal de trabajar por una “cultura de clase” —el Frente Popular integraba partidos no clasistas— pero la realidad caminaba en otra dirección, más socializante y de clase, que cala hondo en los mismos alumnos: la de no creerse propietarios de la formación recibida en las aulas del Instituto Obrero, la de interiorizar que el conocimiento y el progreso que alcancen no les pertenece, que no son un patrimonio personal sino que ha de ser devuelto al pueblo y ponerlo a su disposición.^[18] La cultura, que procede del pueblo, vuelve, así, a su origen, al igual que el obrero, extracción del pueblo al que el pueblo eleva a los templos de la instrucción para que desparrame sobre los demás ciudadanos los frutos obtenidos, completando de este modo su ciclo formativo.^[19] Es la socialización de la cultura propia de una sociedad socialista.

Es más; el Bachillerato abreviado no pretende hacer del obrero un estudiante en abstracto aislado de la sociedad, sino un obrero científicamente formado y preparado para la lucha social, convirtiéndose, como quería Pablo Iglesias, en “soldado de su propia causa”, la causa del pueblo. Quizá esto explique la porosidad del Instituto Obrero para con los problemas y cuestiones candentes de la calle, lo que se manifiesta tanto en las visitas de personalidades políticas que recibe y en las arengas que dirigen a los alumnos como en la implicación de éstos en los hechos sociales y políticos del momento, ya sea acudiendo a los lugares públicos para explicar a los parroquianos algún suceso bélico o político ya manifestándose por las calles con pancartas para levantar la moral de la retaguardia.

Y si el Instituto Obrero salía a la calle, ésta, portadora también de fines sociales y de objetivos políticos, entraba así mismo en el Instituto Obrero llevándole o recordándole tales objetivos y fines. Y así, el Instituto Obrero de Valencia recibe la visita del embajador de la URSS, Rosenberg, y su esposa, así como la del corresponsal de guerra moscovita y de la revista francesa *Regards*, Ilya Ehrenburg; por sus patios se paseó el tremendismo de “El Campesino”, héroe militar; allí se escuchó la voz de León Felipe, Emilio Prados, Pla y Beltrán y Juan Gil Albert y se atendió a las lecciones de Ángel Gaos y Ots y Capdequí; por sus corredores se oyeron las voces y se vieron los rostros de los intelectuales asistentes al II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, así como los de los jóvenes Muñoz Suay, José Laín o Tuñón de Lara; en su salón de actos los cuadros teatrales “El Búho” de la F.U.E. y el de la Aliança d’Intel.lectuals de Valencia, así como los Títeres dirigidos por Álvaro Ponsá, representaron obras de García Lorca y de Rafael Alberti. En sus patios, en fin, entraba la guerra, o, mejor, la preparación para ella, excavando trincheras en las horas de educación física que servían de refugio ante los bombardeos... Y de todo ello dieron fe cineastas, como Viladomar, Antonio del Amo y Juan Plaza, que filmaron la vida del Centro. Pero también sus alumnos con sus recuerdos y trabajos de clase.

En efecto; por ellos sabemos que tampoco las aulas escaparon al influjo del exterior si anotamos las lecciones de armamento que en ellas se daban. Incluso el material de clase conservado —básicamente apuntes tomados por los alumnos en las clases del Instituto Obrero de Valencia— permite constatar, aparte del elevado nivel de la enseñanza y su adecuación a los nuevos conocimientos, la permeabilidad de las paredes del Instituto Obrero a las preocupaciones de la calle, y así conocemos cómo se utilizó un texto de Azorín sobre los rumores para la explicación del sustantivo, sin duda para combatir uno de los vicios de la retaguardia, el bulo, sobre el que Ontañón escribiera en 1938 una pieza teatral de urgencia;^[20] sabemos también por esos cuadernos de clase de la impregnación de sus enseñanzas en la cotidianeidad exterior, como se observa en el estudio de la literatura picaresca en el que se destaca la realidad de las clases sociales, el enfrentamiento entre el mundo proletario y el burgués, o en el ensayo encargado a los alumnos sobre “la ideología política de Don Quijote” en el pasaje donde el hidalgo manchego añora aquellos dichosos tiempos “en los que no existía ni el tuyo ni el mío”...

Conversaciones mantenidas con un centenar de antiguos alumnos del Instituto Obrero de Valencia permiten corroborar estos extremos y confirmar, a la vez, la profunda huella que dejó en ellos el Instituto, sus enseñanzas, sus profesores y los valores que pretendió. Ellos aseguran sentirse “herederos” de un “estilo de vida” propio del Instituto Obrero, tanto que, ya octogenarios, unos con más y otros con menos posibilidades económicas, siguen llevando a la práctica la socialización de la cultura que allí aprendieron instaurando a sus expensas una beca anual de estudios musicales. De esto da cuenta el último número del *Boletín del Instituto Obrero de Valencia* que editan desde hace quince años.^[21] Este solo detalle bastará para comprobar el grado de socialización no sólo afectiva en los antiguos alumnos —que aseguran no es deudora de una edad perdida— sino también política e ideológica, acorde con los planteamientos y enseñanzas del Instituto Obrero.

La significación de los Institutos Obreros

Insertos en la política de dinamización cultural emprendida por la República, los Institutos Obreros supusieron “la más notable transformación educacional” realizada hasta entonces en España, si hemos de hacer caso al escritor cubano Juan Marinello.^[22] Así debió ser, y no sólo por el recuerdo entrañable que de él guardan quienes se sentaron en sus pupitres, sino también por la expectación que generó en la sociedad republicana. Hemos dado cuenta de la calidad de las personalidades que se interesaron por el Instituto Obrero de Valencia una vez puesto en marcha; pero ya su misma inauguración fue todo un acontecimiento político y social; para comprobarlo bastará con reparar en quienes ocupan la tribuna durante la ceremonia inaugural: El ministro de Instrucción Pública acompañado de otros miembros del Gabinete, el Presidente del Tribunal Supremo, el Fiscal General de la República, el Rector de la Universidad de Valencia, el Subsecretario del Ministerio de Instrucción, Magistrados, Profesores del Instituto Obrero y de los otros Institutos de la ciudad, intelectuales como el escultor Victorio Macho o los poetas León Felipe y Moreno Villa, etc. No cabe duda de que el Instituto Obrero se presentó como uno de los logros más significativos del Ministerio del comunista Jesús Hernández. Pero no todos lo recibieron del mismo modo. Temores a que en él se practicara proselitismo político y a que fuera presentado como un logro de partido, así como diferencias ideológicas insalvables, fueron razones si no para una oposición enfrentada con los Institutos Obreros y sus creadores sí para la polémica. La figura del “Comisario-Director”, investido de un poder omnímodo por encima del mismo Claustro, aunque sin duda obedeció a la necesidad de concentrar el poder y la responsabilidad en una persona que pudiera tomar decisiones rápidas en momentos tan conflictivos, recordó a muchos el color político del Ministerio de Instrucción Pública. Por otro lado, que continuaran existiendo junto a los Institutos Obreros los tradicionales “Institutos burgueses”, es

decir, que coexistieran dos Institutos, uno “para señoritos y otro para obreros”, no es admisible para la Juventud Comunista Ibérica, contraria a la política oficial; el argumento es sencillo: del mismo modo que en el sistema capitalista las instituciones culturales sólo son para la clase dominante, en un régimen obrero han de ser “exclusivamente para la clase trabajadora”: “Tan sencillo como sería crear un solo Instituto Obrero de acuerdo con lo que exigen las necesidades de la Revolución”.^[23] Pero ya dijimos que el ministro de Instrucción Pública, siguiendo en esto la política de su Partido, declara su política educativa, como la general del Gobierno del Frente Popular, como de “circunstancias”, postergando las acciones revolucionarias en beneficio del objetivo primero de ganar la guerra. Contrarios a esta política de circunstancias,^[24] y temerosos así mismo de que la educación estatal dé una respuesta desencaminada a las necesidades del momento, los jóvenes y pedagogos libertarios manifiestan también su oposición a crear centros de enseñanza “especiales para obreros”^[25], lo cual, sin embargo, no les impidió preparar a sus militantes para el ingreso en los Institutos Obreros una vez que ocupa el Ministerio de Instrucción el anarquista Segundo Blanco.^[26] Los abismos ideológicos que separaban a las distintas fuerzas políticas salpicaron también, como no podía ser de otro modo, a los Institutos Obreros. Con todo, la experiencia de los Institutos Obreros, aun con ser su funcionamiento tan irregular como las circunstancias en las que se desarrolló, concitó el aplauso de la población y de la mayoría de las organizaciones y dirigentes políticos además de intelectuales y personalidades del mundo de la cultura

Jóvenes de ambos sexos, anarquistas, republicanos, socialistas, de la FUE, etc., formaron parte de los más ochocientos alumnos que pasaron por ellos en sus distintas convocatorias (356 por el de Valencia, 120 por el de Sabadell, 260 por el de Barcelona y 70 por el de Madrid). Aunque no salió de sus aulas ninguna promoción (el Instituto Obrero de Valencia, el más tiempo funcionó, no llegó a completar el cuarto semestre iniciado el enero de 1939) y ninguno de sus alumnos obtuvo el Título de Bachiller en estos Centros, las enseñanzas en ellos recibidas permitieron a los que no se exiliaron ejercer profesiones de mayor prestigio social que aquéllas de las que procedían o ejercían cuando entraron en el Instituto Obrero: químicos, peritos, altos empleados de Banca, interioristas, músicos, periodistas, industriales, joyeros... Y todos se sienten privilegiados por poseer esa “marca colectiva” que aseguran les imprimió el Instituto Obrero y su proyecto que, como escribiera uno de sus más jóvenes profesores, Juanino Renau, encerraba una “profunda significación social, cultural y humana”.^[27]

Resumen

La presencia de los Institutos Obreros en el panorama de la Guerra Civil española no sólo se explica por su papel mediador en la redistribución de la justicia social antes negada al pueblo —concretado ahora en el obrero— ni tampoco sólo como portaestandartes de la cultura, sino también, y quizá sobre todo, como instrumentos de reestructuración social que prepararan el camino a la victoria revolucionaria. Los Institutos Obreros, que nacen como un ensayo pedagógico destinado a implantarse después del triunfo en la contienda civil, supusieron una experiencia revolucionaria y ello no sólo por los objetivos señalados, sino también por sus métodos y por sus resultados que los convirtieron tanto en referente pedagógico y social como en objeto de deseo político.

[1] PALLACH, J.: “Ante la apertura de los Institutos”. *Juventud Comunista* (Órgano Central de la J.C.I. [P.O.U.M.] Juventud Comunista Ibérica [Partido Obrero de Unificación Marxista]: (12 de noviembre de 1936); “¡Los Institutos no se pueden abrir!”. *Juventud Comunista* (19 de noviembre de 1936) y “Un Instituto Obrero”. *Juventud Comunista* (10 de diciembre de 1936).

[2] HERNÁNDEZ, J.: "La cultura para el pueblo" (Discurso pronunciado en el Paraninfo del Instituto Luís Vives de Valencia, en la inauguración del primer Instituto Obrero, el día 31 de enero de 1937). En: *El Partido Comunista por la independencia de España (Llamamientos y discursos)*, pp. 133-152. Ediciones del P.C. de E. (S.E. de la I. C.). Comisión Nacional de Agitación y Propaganda, Valencia: 1937, p. 133.

[3] PRATS, A.: “El despertar de los pueblos”. En: *La Escuela Nueva Unificada*, Ediciones Españolas de la Revolución, Barcelona, 1938, p. 136.

[4] “Cultura Popular y el Ejército”. En: *Cultura Popular* (Boletín de la Central de Valencia): 2 (1937) p. 7.

[5] RENAU, J. : “El Instituto Obrero. La cultura al servicio del pueblo”. *Nueva*

Cultura. (Valencia): 1 (1937), p. 251.

[6] *Boletín de la FUE* (Editado por la Federación Universitaria Escolar de Madrid): 2 (1937) p. 2 y “El Instituto Obrero principio de nueva [por nuestra] Universidad”. *Frente Universitario* (Órgano de la FUE en retaguardia. Valencia): 4 (1937) p. 12. En *FUE* (Órgano de la FUE murciana. Murcia): 23-24 (1937) p. 3, aparece reproducido este mismo artículo con el título ya modificado.

[7] “Obra de paz en la guerra. El Instituto para Obreros”. *FETE* (Órgano de la Federación Provincial de Trabajadores de la Enseñanza. UGT-ITE. Madrid): 26-27 (1938) pp. 2 y 8.

[8] PEIRATS, J.: *Los intelectuales en la revolución*. Ediciones “Tierra y Libertad”, Barcelona, 1938, p. 75.

[9] Fue el primero Julio Hernández Ibáñez, el tercero Manuel Núñez de Arenas y de la Escosura y el cuarto Eugenio García Lomas.

[10] RIOJA, E.: “Los Institutos para Obreros. Creación del Gobierno del Frente Popular”. *Boletín de Información Cultural del Ministerio de Instrucción Pública y Sanidad*, (Valencia), 1 (1928), p. 2.

[11] MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA: *Bachillerato Obrero. Normas*. Imprenta F. Doménech, S.A. s.l. (Valencia): s.a. (1937), p. 12.

[12] Muchos juicios y apreciaciones recogidas en esta páginas los hago en base a lo estudiado sobre el Instituto de Valencia (Véase mi libro *El Instituto para Obreros de Valencia*. Generalitat Valenciana. Conselleria de Cultura, Educació i Ciència, Valencia, 1987).

[13] RIOJA, E.: “Los Institutos para Obreros...”, p. 2.

[14] Idem.

[15] *Frente Rojo* (Órgano del Partido Comunista. S.E.I.C.). (1, Febrero,1937).

[16] *Juventut. Service d'Information sur la Jeunesse Espagnole*. Edité par la Délégation à Paris du Front de la Jeunesse Española, nº 24 (1937) 5.

[17] *Frente Rojo*, (1, febrero,1937).

[18] “La instrucción, patrimonio del pueblo”. *FETE* (Huesca): 9 (1936) p. 1.

[19] DÍAZ, J.: *Tres años de lucha. Por el Frente Popular. Por la libertad. Por la independencia de España*, Editions de la Librairie du Globe, París, 1970. pp. 71-72.

[20] Cfr. *Un Teatro de Guerra* (“*Las Guerrillas del Teatro*”). Editorial “Nuestro Pueblo”, Madrid-Barcelona, 1938, y *Teatro en la Calle. Cuatro Batallones de Choque*. Ediciones 5º Regimiento, Madrid, 1936.

[21] *Boletín del Instituto Obrero de Valencia*. Segunda época. (Valencia): 8 (2001) pp. 24-26.

[22] MARINELLO, J.: *Cultura en la España Republicana* (Discurso pronunciado en los Delphic Studios de Nueva York el 18 de noviembre de 1937), Spanish Information Bureau. New York, 1937, p. 12.

[23] “Un Instituto Obrero”. *Juventud Comunista* (Barcelona): (10, diciembre,1936).

[24] “¿Qué pasa en el Instituto Obrero?”. *Fragua Social* (Órgano de la Confederación Regional del Trabajo de Levante y portavoz de la CNT. Valencia): (29, enero,1937).

[25] ¡¡*Campo!!* (Órgano del Comité Regional de relaciones de Campesinos CNT-FAI): (3, julio,1937).

[26] *Labor de enseñanza realizada por la organización libertaria durante la guerra*. Edición del Consejo Local de Cultura, Madrid, 1938, p. 23.

[27] RENAU, J.: “El Instituto Obrero. La cultura al servicio del pueblo”. *Nueva Cultura* (Valencia): 1 (1937), p. 251.